

Arrupe: pasión por Dios y por el mundo

*Vincent O'keefe, SJ.**

PEDRO Arrupe empezó su mandato de 18 años como Superior General de la Compañía de Jesús con estas palabras del profeta Jeremías: «¡Ay Señor mío! Mira que no sé hablar». En su discurso a la Congregación General de la Compañía de Jesús para presentar su dimisión obligada por un ataque feroz de hemiplejia, pronunció las siguientes palabras: «¡Cómo me gustaría estar en mejores condiciones para esta ocasión! Como veis ya no me puedo dirigir a vosotros directamente. Uno de mis consejeros generales os dice lo que ha ido captando que me gustaría deciros a todos. Más que nunca me siento en las manos de Dios. Es lo que he deseado toda mi vida desde mi juventud. Esto es lo único que deseo ahora. Mi único ideal durante estos 18 años ha sido el de servir al Señor y su Iglesia con todo mi corazón, desde principio hasta el final...».

«Servir al Señor y su Iglesia» es un buen epitafio para la vida de Arrupe. Y eso lo hizo con la frase con la que Jeremías acaba el texto del principio: «No tengas miedo, Yo estoy contigo».

* Vincent O'Keefe, jesuita, es superior de la Casa de América de Nueva York y fue consejero general del Padre Arrupe. Los jesuitas celebran hoy el 90 aniversario del nacimiento de Pedro Arrupe, que dirigió la orden desde 1965 a 1983.

Don Pedro, a través de su vida, creyó firmemente en la presencia de Dios en su vida y en las vidas de todos los hombres y mujeres. Era un convencido de que el Espíritu Santo trabaja en todo lo que nos rodea, conduciéndonos, a pesar de las apariencias, a nuevos modos de vivir el Evangelio. Esta es la raíz de su serenidad interior aun en las situaciones más borrascosas; aquí se apoyaba su optimismo indestructible, su esperanza vital. Por esta misma convicción desafió y animó a sus compañeros jesuitas a abrirse a las más valientes e imaginativas empresas para servir al Señor y ayudar a la Iglesia en su deseo de dejar de ser una Iglesia culturalmente monocéntrica para convertirse en una Iglesia policéntrica, donde cupiesen todas las culturas. En su propia vida, de español y de tantos años en Japón, se unió el Este y el Oeste. Insistió 1.000 veces en la movilidad y universalidad de la Compañía de Jesús. Por eso pidió a los jesuitas que atendiesen a los refugiados de todas las guerras y emigraciones y animó a fundar el JRS, el Servicio de los Jesuitas a los Refugiados, presente en tantas zonas de pobreza y desesperación. Arrupe huía de todo provincianismo y nacionalismo estrecho y quería que la Compañía se sintiese abierta al mundo entero, es decir, católica.

El sueño de Arrupe fue concentrar toda la fuerza espiritual y humana de los jesuitas en una sola misión que sirviese al mismo tiempo a la Iglesia y a la Humanidad. Era un convencido de que la verdadera fe es la que se dedica con toda su fuerza a hacer este mundo más humano y habitable por medio de la lucha contra toda injusticia, opresión y toda forma de pobreza o de discriminación racial. Bajo su liderazgo se fue precisando esta única misión hasta llegar a la formulación de la última Congregación General (1995): «La misión actual de la Compañía es el servicio de la fe y la promoción en la sociedad de la justicia evangélica, que es como un sacramento del amor y misericordia de Dios». Esta doble pasión suya la dejó como herencia a la Compañía.

Aparentemente, esta doble pasión anda, muchas veces, muy separada e incluso se excluye mutuamente. El padre Arrupe consiguió una unión vital entre su vida más íntima de oración y su pasión por los hombres, especialmente los más necesitados. Esto apareció con estremecedora claridad justo en lo que iba a ser, sin él saberlo, el último viaje de su vida. En julio de 1981 viajó a Filipinas para celebrar el 400

aniversario de la llegada allí del primer jesuita. Típica visita de Arrupe: liturgias llenas de colorido y danzas, conferencias, encuentros con el mayor número posible de jesuitas. Su mensaje, recuerdo que fue especialmente cargado de esperanza, de cálida acción de gracias y de un desafío cargado de inspiración.

El 5 de agosto dejó Manila para Bangkok. El 6 lo pasó con los jesuitas que trabajaban con los refugiados que huían de Indochina hasta Tailandia. Para esa gente había creado él, poco antes, el Servicio de los Jesuitas para los Refugiados (JRS). El sabía de sobra, también, que esa misma fecha era el aniversario de la bomba atómica sobre Hiroshima, donde él, como médico que era, atendió hasta la extenuación a tantos cuerpos maltrechos y doloridos. Por eso tenía esa especial sensibilidad hacia toda la gente en necesidad. Por eso ese día habló con una especial hondura y pasión a sus compañeros jesuitas de lo que ellos podrían hacer por toda esa gente abandonada y exiliada de su patria.

Pero justo al final de lo que iba a ser su última charla, pareció dar un giro que para los que le conocíamos no era nada inesperado: saltó de la ayuda al hombre necesitado a la necesidad de acercarse a él desde la cercanía a Dios. Añadió, acabando y conmovido: «Tenemos que rezar más y más, y además siempre. Puede ser que éste sea mi canto de cisne para la Compañía».

El 7 de agosto llegó a Roma y en el mismo aeropuerto sufrió un ataque cerebral que ya le impidió volver a hablar o a leer. En verdad que su canto del cisne para la Compañía fue que pasión por el hombre y pasión y unión con Dios deben ir juntas. Por eso el jesuita, desde Arrupe, ha sido encontrado en muchas fronteras del hombre sufriente e injustamente tratado, porque en él, el jesuita ve el proyecto de Dios maltrecho.

Su liderazgo se mostró inquebrantable en momentos de gran dificultad. Cuando Juan Pablo II nombró un delegado personal para gobernar la Compañía, no sólo obedeció él sino que animó a todos los jesuitas a mantener su fidelidad al Papa.

Su humanidad se mostraba en su cariño por sus compañeros jesuitas con los que le gustaba reír, rezar y conversar. No sólo fue un hombre para los demás, sino un hombre con los demás. No podía

imaginar una vida religiosa individualista o centrada en sí misma. El la concebía como un grupo de amigos con una pasión creativa en su misión en favor de la humanidad.

El secreto de por qué Arrupe fue una persona tan arrebatadoramente cariñosa con todos no es otro que su amor intenso por Jesucristo. Le preguntó un periodista, inesperadamente, en la Televisión italiana: «Padre Arrupe, para usted ¿quién es Jesucristo?». Respondió sin dudar: «Para mí, Jesucristo lo es todo». En todo y en todos, lo quiso servir.

Acabo con la oración favorita del Padre Arrupe: «Amén. Alleluia»: aceptación y alegría.

[Tomado de Internet: Recurso electrónico: <http://www.larevista.el-mundo.es/1997/11/14/opinion/14N0017.html>]